

- que se trata de boda, hay que guardar el majuelo.
- SANT. En este pago no entran gorriones.
MAUR. No hacen falta bausanés.
ENG. Para baúsán, ahí estaba usted.
MAUR. ¡Que no fuera ello cierto, para espantar pájaros y. . . . pájaras!
ENG. Pues por tí, sobrina. . . . como lo oyes. Hago un verdadero sacrificio; porque abandonar yo mi rinconcito de Brihuega, y mi tertulia, y mi balcón á la calle de las Armas, los días de mercado. . . . Y luego, que no hay allí gira de campo, ni bateo, ni fiesta, á donde Pepa y yo no vayamos convidadas. Es un sacrificio el ausentarme; ya verás cómo tu padre me lo agradece.
- MAUR. Y los de Brihuega también.
ENG. El abuelito siempre con esa chispa.
MAUR. Se corre la pólvora, porque usted llega. Y por el feliz motivo que la trae.
ENG. ¡Sí, sí! Muy feliz motivo. Estarás contenta, ¿verdad? mielecita de la Aicarría.
- ANG. ¡Podría no estarlo!
ENG. Sea enhorabuena, hija; que para tí ha sido todo en nuestra casa. Para tí el patrimonio, para tí la boda, para tí la fama. Naciste á tiempo.
- SANT. (*A Mauricio*), Empalagosa viene.
MAUR. No; empalagada.
ENG. No se sentirá tan gozoso tu padre.
ANG. Sí, por cierto.
ENG. Aunque lo disimule. ¡Pobre Clemente! Por él, sobre todo, me he decidido á venir. Hay que distraerle, porque encuentra aquí recuerdos.

- ANG. También encontrará dichas.
ENG. ¿Tú qué sabes? ¿Tú qué sabes?
ANG. Pues, ¿qué hay?
MAUR. (*Interponiéndose vicamente*). Que arriba espera el vestido nuevo, y que vienen los convidados, y que la novia no va á estar compuesta. (*Coge á Angelita de la mano, separándola de Engracia y dirigiéndola hacia el fondo*).
SANT. (*A Engracia*). Señora.
ENG. ¡Si no digo nada! Pues, ¿yo que he dicho?
MAUR. ¡A vestirse! ¿Qué calma es ésta?
ANG. (*A Santiago*). ¿Te marchas tú?
SANT. A ver si llega tu padre. Tengo tan poco que andar.
ANG. Hasta luego.
MAUR. (*Llevándola de la mano*). ¡De prisal! (*Mirando á Engracia*). ¡Maldita cotorróna! (*Vase con Angelita por el foro derecha*).

ESCENA VII.

ENGRACIA Y SANTIAGO

- ENG. ¡Qué farsante es este viejo! Mire usted si no sabrá la niña. . . .
- SANT. No, señora; no sabe nada.
ENG. Por mí no lo ha descubierto.
SANT. Cerquita le anduvo. Pero Dios es Todopoderoso.
ENG. ¡Ay, si no lo fuese, qué fraterna le caía á usted encima, ahora que le tengo á mano!
SANT. ¡Suéltela, señora! ¿Necesita usted sangre? Yo la ofrezco mi cabeza inocente.

- ENG. ¿Sabe usted, por qué no ha venido mi Pepa?
- SANT. ¿Por qué?
- ENG. Porque yo se lo he aconsejado: «Pepa, no vayas.» ¡Picaronazo! ¡Bien se ha reído usted de nosotras!
- SANT. Señora, yo nunca.....
- ENG. A mi Pepa la tenía usted tan consetida.... Me decía la critura: «¡La peté, mamá; yo creo que la peté!.....»
- SANT. Por dirigir cuatro piropos y bailar unas polcas.....
- ENG. ¡Oh, bailando, bailando, habría usted dado el resbalón! Pero le tocaron música más sonora, y se marchó usted á bailar con la otra orquesta.
- SANT. Rodaron las cosas.....
- ENG. A la postre, ¿qué es casarse? O vender ó comprar. Y no hablará usted mal de la feria. El negocio que hace es redondo.
- SANT. Mejor de lo que usted se figura.
- ENG. Miel de la Alcarria.
- SANT. Sí, señora; así la llaman.
- ENG. Mucho dinero.
- SANT. Y mucha hermosura y mucho corazón.
- ENG. ¡Uf!.... ¿Se hace usted el romántico?
- SANT. El enamorado.
- ENG. La dote, hijo, la dote. Esa es la madre del cordero. Las dehesas, los montes, y las majadas y los pares de mulas.....
- SANT. ¡Oiga, oiga! ¿Me trae usted ecos de la chismografía? Pues, atienda; que me importa responder y dar el quite á esos tijeretazos. Sí, señora; yo soy muy claro; aunque cursé en la corte, he vuelto á traerme de allá mi franqueza lugareña, y no quiero que se me tenga por más

santo de lo que soy. ¿La dote, dice usted? Justamente, la dote. Por ella pensé yo en boda, y tras de ella vine yo á este sitio.

- ENG. Tampoco ha vuelto usted tartamudo.
- SANT. Vivía yo con el ánimo ocioso.... aunque bailaba polcas con su Pepa de usted. Me era indiferente cualquier partido; casarme ó no casarme. Pero mi padre decía que á mi me tocaba redimir del cautiverio el patrimonio de nuestros mayores.... Porque eso ya lo sabe aquí todo el mundo.
- ENG. Sí, señor; sí.
- SANT. Somos hidalgones rancios; pero hoy por hoy, sin otra sombra que nos cobije más que la de nuestro árbol genealógico, ¡Si nos picará el sol!
- ENG. Por la frescura no se le conoce á usted.
- SANT. Sórdidos y alevos eran, pue, los pensamientos que yo alimentaba, cuando alguien que los conocía empezó á decirme, señalando á esta casa:—«¡Lo que hay allí!.... Miel de la Alcarria.... ¡Cosa soberbia!»—¡Ay, doña Engracia de mi alma! Decidme y me arriesgué. ¡Bendita la hora en que tal hice!..... ¡Miel blanca, pura, dulcísima, mi doña Engracia!.... ¡Qué interesante, qué deliciosa criatura, aquí recogida, quieta, arrimada al amparo y al cariño de ese vejete solitario! Un corazón sano, que echó flor á la caricia de mi primer requiebro; dieciocho años como un mazo de lirios, lozanos y frescos; una juventud ardorosa y cándida, que para mí rompió en su primer arrebató. La miel

sobre hojuelas, amiga mí; pero, ¡qué hojuelas! ¿eh? ya ve usted qué hojuelas.

ENG. Lástima que á ese sér tan poético, no le deje volar el lastre de una herencia tan prosáica.

SANT. Somos jóvenes, enamorados, el mundo es nuestro, y la verdadera opulencia de nuestra vida será querernos. ¿Hemos de sacrificarla porque la fortuna levanta un montón de riquezas entre los dos?

ENG. Nada de eso. ¡Jesús, qué lástima! A lucirlo, á gozarlo, á recorrer el mundo en tren de recreo.

SANT. ¡Quiá, hija mía! Tenemos otros proyectos. Paletos somos los dos, y le profesamos mucho cariño á este pedazo de nuestra tierra. ¿Saben ustedes para qué quiero yo esos terrones que me trae Angelita? Para gozarme destripándolos y revolviéndolos con la cuadrilla de mis gañanes. Se verá aquí un labriego titulado, un rico hombre del terruño, como en los tiempos añejos de Juan Pascasio y doña Flamba. Ardasè el mundo en ostentaciones y fiestas al lado de allá de estos cerros. Yo aquí me quedo con mi paleta; en nuestra Alcarria. Regiré mis labranzas, perfeccionaré mis cultivos, aumentaré las rentas y el caudal, no por avaricia, sino por decoro. Y si algún día, á ese manso y humilde Tajuña que corre por allá abajo, le diere la ocurrencia de desmandarse y subiera á invadirnos y devastarnos, en medio de la inundación, sobre cualquiera de los maderos que botasen, hablan de vernos á

Angelita y á mí, que nos íbamos pobres, despojados, perdiéndonos, siguiendo la corriente en busca de otro sitio donde pañer á salvo nuestro amor. Pero, ¡qué estoy ahora charlando! . . . Mil perdones. Usted era la que se subia al púlpito, y al cabo he sido yo quien ha echado el sermón.

ENG. Sí, por cierto. Pero como si se lo hubiera usted predicado al negro del cuento.

ESCENA VIII.

DICHOS Y MAURICIO por el fondo izquierda.

MAUR. (*Dirigiéndose airado á Engracia*). ¡Ea! . . . se salió con la suya.

ENG. ¿Todavía dura eso?

MAUR. Ya está ¡le chiquitina sospechosa, deseando saber. . . . Y le faltaban ocasiones para ponerse alerta. . . . Bastábale á usted con haber venido justo á la hora del chocolate, que es lo único que se le ha perdido por acá. . . .

ENG. Oiga usted. Ya no necesito venir al Ribazo para merendar. Ni me hace falta pretexto para presentarme en este sitio cada y cuando me plazca.

SANT. Son chanzas de don Mauricio.

ENG. Ribazos somos y no sabemos las vueltas que pueda dar al mundo.

MAUR. ¿A qué nos pone un pleito cualquier día?

ENG. Bien pudiera; sépalo usted. Porque si se apura, los papeles nó están muy claros. Pero ya le consta á Clemente que no

quiero darle guerra. Muy al contrario. Por algo, allá en tiempos, hubo lo que nubo; y si no se hubiera atravesado... En fin. El se casó, yo no habla de vestir imágenes... y para ciertos disparates sólo Dios tiene remedio.

MAUR. (*Excitado*). ¿Qué disparates?... ¿De qué disparates habla usted? ¡No agraviemos, no agraviemos!.....

ENG. Usted es quien se pica. Yo no digo nada. (*Volviéndose á Santiago*). ¿He dicho yo algo?

MAUR. Harto deja comprender.

ENG. Y aunque dijera. Yo no le quito á un alma la gloria ó el purgatorio que Dios le haya dado; pero de lo que ha sucedido en la tierra se puede hablar....

MAUR. ¡No, señora! ¡no se puede! No lo quiere Clemente; no lo tolera.

SANT. Vamos, don Mauricio.

MAUR. Tiene usted muy mala lengua. A usted ¿qué le hizo aquella pobrecita?... ¡Tan to como sufrió la desgraciada!... ¡Sufrió mucho... (*Sollozando*). ¡No lo vimos todos, lo que sufrió? ¡Disparate!... ¿Y por qué dice que Dios puso el remedio? ¿Por qué se la llevó á la infeliz... porque se la llevó después que nos la hubo devorado la enfermedad?... (*Llora*). ¡Que nos la devoró!... Lo estuvo viendo todo el que aquí entraba... Nos la devoró poco á poco, hasta que en dos años no quedaron para la tierra más que los huesos. Cinco años han transcurrido... Cumplidos ya... El día de santa Teresa. Cinco años, y parece que aun se la oye allá arriba, con

aquel plañido de día y de noche, y aquella oración á la Virgen Santísima.....

SANT. Vamos, abuelo, abuelito,

ENG. No se trostorne usted.

MAUR. Y me la está áusted ofendiendo. Eso no es noble, no es cristiano. Tengo aquí el clavo, aquí en el corazón... y usted viene y lo ahonda. ¡Mala lengua!

ENG. Perdone usted; venga acá.

MAUR. ¡El cielo nos guarde de una mala lengua! (*Vase por el foro irritado y sollozando*).

SANT. ¡Engracia, por la Virgen del Madroñal! Ténganos usted misericordia.

ENG. Si vuelvo á despegar los labios... ¡Jesús! Aunque se me pudra la palabra en la boca.

ESCENA IX.

SANTIAGO, ENGRACIA Y GERVASIA por el fondo.

GERV. Ya viene el señor.

SANT. Muy bien. Le saludo y prosigo mi marcha. (*Toma su capote y vase por el fondo*).

GERV. Y llega con él un coche lleno de señoras.

ENG. ¡Qué animación! ¡Cuántos años que no se veía en esta casa!... (*Ruido de conversación y risas fuera*).

ESCENA X

DICHOS, SIMONA, PETRA y algunas otras parientas, por el fondo derecha. La primera y una ó dos más, visten de paletas acomodadas, con mantilla de galón; Petra y las restantes, de señoras, con mantón y mantilla de velo. Salen charlando atropelladamente y riendo.

GERV. (*Desde de el umbral*). Pasen las señoras. muy buenas tardes.

- SIM. Mía quien está aquí. La prima Engracia.
- PETRA ¡Esta faltaba!
- ENG. *(Acudiendo y besando á todos)*. ¡Simona!... ¡Lo que has engruesado!... ¿Y esta es la Petra? Te encuentro desconocida, mujer. ¿No te prueba bien el matrimonio. Ya le diré yo al truhán de tu marido.
- PETRA El no tiene la culpa.
- ENG. *(Volviéndose á las otras)*, ¡Cuánto bueno, cuánto bueno! ¿Habeis venido en el coche?
- PETRA Se han bajado los hombres para que subiesen ellas.
- GERV. ¿No se quitan ustedes las mantillas?
- ENG. Eso es. Poneos á gusto, que en nuestra casa estamos. *(Se quitan las mantillas y mantones, y los recibe Gervasia)*. Acómódalas tú.
- GERV. Lo haré en seguida. *(Deja las mantillas y mantones doblados sobre una silla, y entra en la cocina donde aviva la lumbre del hogar, echando leña y soplando)*.

ESCENA XI

ENGRACIA, SIMONA, PETRA y parientas en la escena. GERVASIA en la cocina. CLEMENTE, por el foro derecha con MAURICIO, que le sigue, mostrándole miramiento y humildad:

- MAUR. Entra. Ya estás en tu casa. Tomarás reposo....
- CLEM. *(Entrando lentamente)*. Sí.... El que se pueda. *(Se sienta á la izquierda)*.
- ENG. ¿Cómo va desde esta mañana, primo?
- CLEM. ¡Oh, ¿que ya estabas tú aquí?

- ENG. Vine en la jardinera de Percúdez, Como él me pretende....
- CLEM. Ya me han contado en Brihuega.... ¡Válganos el Señor!... ¿Cuándo sentarás esa cabeza?
- ENG. Por de pronto, nos sentaremos nosotras. *(Van á sentarse)*.
- GERV. *[Saliendo de la cocina.]* ¡Arrímense las señoras al hogar, que le he puesto una lumbre muy hermosa!
- ENG. Dí-s te lo dé de gloria, hija mía, porque el frío va arreciando. *(Entranse todas en la cocina y se sientan junto al hogar, unas en los escaños y otras en los posones, y continúan charlando y riendo durante las escenas siguientes. Gervasia coge las mantillas, y se va por la izquierda. Mauricio anda inquieto por la escena; mientras dura el diálogo anterior mira á Clemente, y duda en acercarse á él, lo que verifica al cabo de una pausa.)*
- MAUR. En los siete años que tuviste abandonadas tus heredades, no se ha distraído un celemin de grano, ni una azumbre de vino, ni un ochavo de tu dinero.
- CLEM. *(Con blandura)*. Lo supongo así. No hay por qué darme cuentas.
- MAUR. *(Sacando un cuaderno)*. Aquí las tienes. No ha crecido la hacienda, eso no, porque hijo mío, esta pobre cabeza no valía para tanto gobierno. Pero aquello que lo tuyo ha rendido, á tu disposición está; sin merma te lo encuentras.
- CLEM. ¡Hombre, don Mauricio!... *(Rehusando el cuaderno)*, ¿Quién le pide á usted eso? Mi hacienda quedó para los que en ella quedaron.

- MAUR. No ha sido menester.
CLEM. ¿Entonces, de qué han vivido! ustedes?
MAUR. De lo poquito que era nuestro. Las colmenas pertenecían á tu mujer. Y la enfermedad, el entierro, la educación de Angelita. Todo lo han costeado nuestras abejas.
CLEM. Cuanto hay aquí debe pasar mañana al dominio de Angelita. Rinda usted, cuando sea hora, las cuentas á su marido. Yo me marcharé sin llevar de aquí, ni una hierba, ni una semilla.
MAUR. ¿Sigues en tu propósito de marcharte?
CLEM. ¡Oh, sí! Mañana.
MAUR. ¿Por qué te destierras así?
CLEM. No me hable de eso, don Mauricio.
MAUR. ¿Nunca volverá á ser esta tu casa?
CLEM. Fué mi paraíso; hartó lo sabe usted. Luego. . . Me obliga usted á recordarlo. . . . Luego me arrojaron el desengaño y el ultraje.
MAUR. ¡No, no! . . . Delante de Dios aseguraría.
CLEM. Inútil conversación, don Mauricio. Aborreí estos sitios, los abandoné. Hoy que vuelvo á ellos, me rechazan igualmente; donde quiera, me sale al paso el recuerdo palpitante. . . . Lléguese usted y escuche lo que murmura aquel corro de mujeres, lo que se recorta y saja al amor de aquella lumbre, bajo la campana de nuestro hogar. Don Mauricio, aquello vive y alienta todavíd; persigue, asalta, y yo huyo. Estos sitios me son intolerables.
MAUR. ¿También tú hija? . . . ¿No quieres á tu hija?

- CLEM. Solo por ella he vuelto á pasar aquel umbral. La familia de Santiago exigió mi presencia, y he venido. Le doy en dote mi patrimonio entero.
MAUR. ¿Y tu cariño? ¡Tu cariño!
CLEM. ¡Basta, don Mauricio! Nos atormentamos.
MAUR. ¡Silencio! Ahí está la niña.
CLEM. ¿No sabe nada?
MAUR. Yo la he defendido.
CLEM. Bien hecho. Que no lo sepa.

ESCENA XII.

DICHOS, ANGELITA por la segunda puerta izquierda, vistiendo traje nuevo.

- ANG. (*A Clemente*). ¿Ha venido ya mi forastero? (*Le abraza*). ¡Buenas tardes, padre!
- CLEM. Guárdete Dios, pimpollo, lucerito.
MAUR. ¿No la estás viendo, que gentilísima viene?
- ANG. Como que hoy es mi primer día de gala.
SIM. ¡Ay, qué guapa, se parece á la novia!
ENG. ¡Que se vea, que se vea! . . . (*Unas se levantan y salen á rodear á Angelita; otras atienden á la escena sin dejar su sitio junto á la lumbre*). Deslúmbranos con ese lujo.
- ANG. Lujo, no tal. ¡Si es muy sencillo!
CLEM. Pero muy elegante.
PETRA ¿Quién lo ha hecho?
MAUR. Ella; es su propia modista.
ANG. (*Cogiéndose del brazo de Clemente y paseándose*). Ayúdeme usted á lucirlo.
PETRA Cierto que el traje es precioso.
ENG. No está mal.